Visión de fe – Visión de eternidad
Una invitación a descubrir qué significa vivir plenamente

En este texto, San Alberto Hurtado reflexiona sobre el sentido de la vida a partir de una experiencia personal. Después de conocer los grandes avances de Estados Unidos, sus enormes edificios, industrias, medios de transporte y comodidades, se pregunta si todo ese progreso es suficiente para alcanzar la felicidad y comprender la verdadera grandeza del ser humano.

Hurtado no desconoce el valor de los avances científicos y materiales. Por el contrario, reconoce que contribuyen a mejorar nuestra vida y que también pueden ser expresión de caridad. Sin embargo, advierte que existe el riesgo de concentrar todos nuestros esfuerzos en el bienestar, el éxito y las cosas que podemos conseguir, olvidando aquello que da un sentido más profundo a nuestra existencia.

Por eso se pregunta: «¿Y es esto todo? ¿Es ésta toda la grandeza del hombre? ¿No hay más que esto?». Para él, la vida humana no puede reducirse a los años que vivimos, a las comodidades que alcanzamos o a los bienes que poseemos. Estamos llamados a algo mucho más grande.

En medio de estas preguntas, San Alberto descubre la respuesta en el amor de Dios, que se manifiesta en Jesús. Recuerda las palabras del Evangelio: «Así amó Dios al mundo que le dio a su Hijo unigénito» (Jn 3,16). Dios no permanece distante de la humanidad: viene a nuestro encuentro y lo hace por cada persona. Como señala Hurtado, Jesús no ama a una masa anónima, sino a cada uno de nosotros: «Yo no amo la masa; amo la persona: un hombre, una mujer… ¡He venido por ti!».

¿Y para qué viene Jesús? Para regalarnos una vida nueva: la vida de Dios en nosotros. Por eso afirma: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10). Esta vida abundante no se refiere solamente a la salud, al conocimiento o al bienestar material, sino a vivir como hijos de Dios, dejándonos transformar por su gracia y haciendo crecer nuestra relación con Él.

Esta vida puede crecer y desarrollarse de distintas maneras. San Alberto distingue entre una vida espiritual empobrecida, marcada por la falta de generosidad y la indiferencia ante las invitaciones de Dios, y una vida rica, plena y fecunda, que se abre a su amor. A esta última nos llama Cristo. Es el camino de la santidad, que no consiste en alejarnos de nuestra realidad, sino en vivirla de otra manera: conociendo, amando y sirviendo.

Por eso, Hurtado nos recuerda que Dios quiere hacer de cada uno de nosotros un santo, en las circunstancias concretas de nuestra vida: en nuestro país, nuestro trabajo, nuestros estudios y nuestras relaciones. La santidad no es algo reservado para personas extraordinarias, sino una invitación a dejar que el amor de Dios se haga presente en lo cotidiano.

La pregunta que atraviesa todo el texto sigue siendo actual: ¿en qué estamos poniendo nuestra vida y nuestros esfuerzos? San Alberto nos invita a mirar más allá de lo inmediato, a reconocer el amor personal de Dios y a descubrir que la verdadera grandeza está en vivir unidos a Él y abiertos a los demás.

Su reflexión termina con una sencilla oración que recoge todo este anhelo:
«Danos, Señor, vivir: Vivir plenamente».